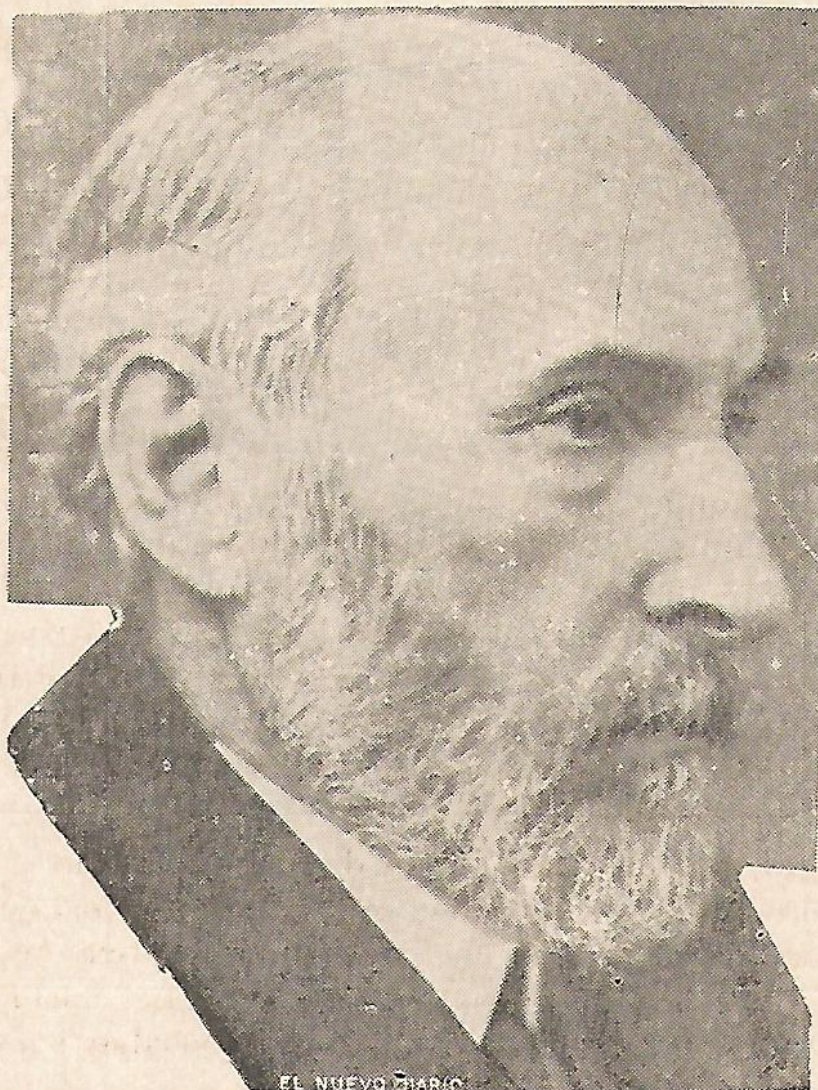


Don Santiago Ramón y Cajal

A ruego de mi distinguido colega en la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, Doctor Miguel Parra León, escribo estas breves líneas acerca de Ramón



y Cajal, el ilustre sabio español, cuya muerte deplora el mundo científico. Vivo ejemplo de consagración a las ideas, dejó consignado en "Recuerdos de mi Vida", obra en que de una manera sencilla y pródiga de encantos narra la iniciación de su carrera, cuando nacía dentro

de sí mismo el apego a la investigación experimental, de cuya senda no fueron poderosos a apartarlo ni la pobreza, ni la indiferencia del medio, ni los quebrantos de salud que le salieron al paso con su carga de contrariedades y decepciones.

Adquirido el título de Médico, se dedicó a los estudios microscópicos, sugestionado por la visión maravillosa del lente que abría a sus ojos un mundo nuevo. Al efecto, ahorró de sus escasos medios de vida para obtener un laboratorio que le permitiera desarrollar su arraigada vocación. Era el caso que en esa etapa de sus estudios no había observado jamás una célula, ni poseía tampoco la técnica necesaria para efectuar el más simple análisis biológico, ni aún le era posible ocurrir a quien lo iniciara en el incógnito campo de la Histología. Un viejo microscopio le permitió admirar por vez primera el sorprendente espectáculo de la circulación de la sangre. Examinó a lo hondo los glóbulos rojos, las células epiteliales, las fibras musculares estriadas, se amestró en los procedimientos en boga para la coloración de los tejidos, y con el convencimiento de que el adelanto positivo de las Ciencias se logra solo por el constante y mutuo trabajo de los investigadores, adquirió libros y revistas técnicas a efecto de reconocer así el terreno que trillaba y avanzar con paso seguro la vía no bien conocida aún.

Cajal, apenas iniciado, se da cuenta de que el éxito no es obra sólo de las relaciones sociales sino que el lograrlo depende de ese espíritu de autocrítica necesario para valorar la obra agena, y poder así saber hasta donde nos es posible llegar, dónde reside la verdad y percibir a la vez nuestros propios errores.

La vida de Ramón y Cajal debe servir de inspiración y ejemplo a los jóvenes, y de modo especial a aquellos que piensan que el mundo en que vivimos es demasiado rudo y utilitario para ofrecerles posibilidades de triunfos y de gloria.

Siempre espigando en "Recuerdos de mi Vida", es hermoso contemplar aquel espíritu de trabajador desinteresado, siempre por encima de las miras egoístas, pues según sus propias expresiones jamás pudo comprender a esos extraños temperamentos mentales, adscritos de por vida al culto del propio yo, cerrados a toda novación e impermeables a las incesantes transformaciones sobrevenidas en el medio intelectual.

Tan sabio como lo era, cubierto de gloria y honores, no depuso jamás su modo de pensar, la ingenuidad de su gran alma luminosa. Lejos de atribuirse el beneficio exclusivo de sus labores, decía que los descubrimientos científicos son casi siempre el resultado del ambiente intelectual por donde no se consideraba a sí mismo sino cual un obrero en la gran faena de la investigación científica, a que contribuyen todos los propulsores de la cultura. Pensamiento que refunde con exquisita elegancia cuando apunta:

"Mi vida ha sido grandemente absorbida en mi obra. La abeja ha sido olvidada en consideración del panal". Su naturaleza comunicativa lo arrancaba de la contracción al trabajo objetivo, porque consideraba incompleta la actividad científica aplicada no más que a las cosas; es necesario ejercer acción sobre las almas, obra que él realizaba por la multiplicación espiritual, condición de la cultura científica.

Es así como el modesto sabio, a quien no podemos figurarnos, sino inclinado ante su lente, abstraído en la visión de un mundo recóndito de células, ofrecía, sin embargo, el paradigma de un hombre dinámico que pudo decir sin achaque de jactancia: "He procurado que mi vida sea en lo posible conforme el consejo del filósofo, poema vivo de acción intensa y de heroísmo callado en pro de la cultura de mi país". Existencia tan ejemplar no cabe imitarla sino ciñéndose a los propios conceptos del sabio, quien exhortaba a preocuparse de la vida que

es energía, renovación y progreso; porque "solo la acción intensa en pro de la verdad, justifica el vivir y consuela del dolor y de la injusticia".

En estas cortas palabras que escribo de prisa, hurtándole momento a mis labores cotidianas, he tratado de esbozar los lineamientos morales del gran maestro desaparecido, pálida silueta que si no logra destacar por entero la noble figura de Cajal, señala al menos un magnífico ejemplo de devoción a la ciencia y a la colectividad, los dos puntos de mira a que tendiera con el pensamiento y el corazón.

Juan Iturbe.

NOTAS DE QUIMICA

POR EL DOCTOR A. P. MORA

Individuo de Número de la Academia

Separación de los metales precipitados por SH^2 en medio ácido.—El siguiente método ha sido empleado por G. L. Chaborski y E. Petrescu. Lavados los sulfuros precipitados, se tratan por amoníaco y carbonato de amonio, para separar As. Los sulfuros restantes se disuelven con ácido clorhídrico; se evapora a sequedad sin calcinar; se retoma con agua y unas gotas de ClH ; se deja enfriar y se filtra, para separar el cloruro de plomo que pudiere haber. El líquido filtrado se trata por amoníaco hasta reacción alcalina, y se filtra de nuevo. El filtrado, de color azul, contiene Cu y Cd, que se descubren por procedimiento conocido. El precipitado contiene hidróxidos de antimonio y de estaño, y cloruro de mercurio-amonio; se lavan sobre el filtro con agua hirviendo, y luego se tratan en una cápsula, por una solución de cloruro de amonio a 25%, y se filtra; la mayor parte de Hg y Sb pasa al líquido filtrado, y se pueden separar por sulfuración y disolución del antimonio en ácido sulfúrico concentrado.